

# LOST 7x05: De lo que hay que proteger la Isla

Carlos y Ana Belén

<http://proyectounfinaldignoparalost.blogspot.com/>

**Fecha de Publicación:** 28 de julio de 2010

## Anteriormente en Lost

Ana Belén y Guillermo escapan de sus captores y se encuentran con una extraña estatua en la playa. Ana siente cosas extrañas allí

El resto del grupo capturado es llevado a un pequeño pueblo de la isla llamado Dharmaville.

Ana Belén y Guillermo encuentran Dharmaville. Allí Guillermo se reencuentra con Máriam que misteriosamente es presentado como Emily la hija de Ben

## 7x05: De lo que hay que proteger la isla

Guillermo y Ana Belén no podían salir de su asombro aquella lluviosa y fría mañana en la que llegaron al poblado de los hostiles con el objetivo de hallar respuestas, y donde en cambio encontraron más confusión. Con las rodillas en tierra, empapados por la lluvia, las manos alzadas y vigilados por los cañones de las armas que les rodeaban apuntando directamente a sus cabezas, presenciaban con estupor la aparición de Máriam.

La joven saludó a su padre con afecto, y después a Aaron con un tierno beso en la boca. No entendía por qué Ana y Guillermo la miraban tan fijamente boquiabiertos. Ben no tuvo tiempo de acabar las presentaciones; Guillermo se levantó como un resorte al ver a su novia

— ¡¡Máriam!! — exclamó al tiempo feliz y aturdido — ¡Máriam! ¡Estás viva!

Acto seguido varios hostiles le sujetaron para que no avanzara hacia ella. Le redujeron en el suelo sin dejar de apuntarle, amenazándole para que estuviese quieto. Guillermo no entendía nada, al igual que Ana Belén.

— ¡Soltadme joder! — gritó Guillermo, y volvió a mirar a una confusa Emily — ¡Máriam! ¿Estás bien? ¿Qué está pasando? ¿Qué haces con esta gente?

Emily miró a su padre y después a Aaron totalmente desconcertada; después devolvió la mirada a Guillermo. No comprendía qué ocurría con esos extraños.

— Creo que te has confundido de persona— Ben quiso aclarar a Guillermo — Estás agotado, sin duda ha sido un largo viaje hasta aquí. Tú y Ana Belén debéis descansar, recuperar fuerzas y despejar la mente.

- Máriam. . . — susurró Ana tratando de captar la atención de la joven que parecía no conocerles
- Pensáis que soy alguien que no soy — dijo al fin Emily con prudencia — Lo lamento, pero mi nombre es Emily.
- ¿Qué coño está pasando aquí? — Guillermo se revolvía en el suelo, nervioso, tratando de zafarse, pero los hostiles eran más fuertes — ¿Máriam! ¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho...? — la joven reaccionaba a sus palabras únicamente con incomodidad lo que alteró aún más a Guillermo — ¡Máriam...! ¡Soy yo...Guillermo! Soy tu novio... — Emily estaba intranquila y se cobijó en Aaron, gesto que advirtió Guillermo — ¿Qué le habéis hecho cabrones? — Guillermo lloraba de rabia, forcejeaba en el suelo con sus captores que le mantenían agarrado y no le permitían acercarse a Emily— ¡Hijos de puta, soltadme! ¿Qué le habéis hecho a mi novia? — Guillermo estaba fuera de sí, gritaba furioso mirando a Ben, apenas podían sujetarle entre tres hombres- ¡¡Voy a mataros a todos!! ¡Ahhhh...! ¡¡Soltadme joder!!

Aaron escudó a Emily detrás de sí mirando con extrañeza a un Guillermo indómito. Ben mantenía la templanza, contemplaba la escena en silencio, observando primero a Guillermo y después a una Ana que no salía de su asombro. Todos excepto él, cobijado bajo su paraguas, estaban empapados por la incesante lluvia. Por detrás del grupo que forcejeaba con Guillermo se acercó otra persona rifle en mano: una mujer joven, de treinta y pocos años, alta, delgada, cabello largo y moreno recogido en una coleta. Con semblante serio, se acercó enérgica, le doy la vuelta al rifle y lanzó la culata con gran violencia sobre la cabeza de Guillermo, que cayó aturdido golpeándose la cara contra el embarrado suelo. Ana Belén, que seguía arrodillada, presenciaba la escena aterrada a dos metros escasos de su amigo. El hombre que la custodiaba dejó paso a otro compañero, Sam, que apareció para hacerse cargo de ella. La ayudó a incorporarse y después permaneció a su lado, apuntándola con su arma. Mientras tanto, la mujer morena apartó a sus compañeros dando el rifle a uno de ellos, se agachó agarrando del pelo a Guillermo y comenzó a descargar puñetazos contra su maltrecho rostro.

- ¡Estás en nuestra casa! — exclamó enfadada mientras le golpeaba— ¡No te permito que nos hables así! ¡Eres escoria!
- Ya está bien. . . — le dijo tímidamente Ben

La joven hostil no cesaba, seguía con la paliza y Guillermo apenas podía

defenderse, lo justo para proteger su rostro. Ana estaba escandalizada. Al fin, Aaron decidió intervenir para detener a su compañera

— ¡Para! ¡Es suficiente! — ordenó Aaron a la joven, que hacía caso omiso  
— ¡Ji Yeon!

Entonces, la mujer se detuvo, levantó la vista un momento para cruzar con Aaron una mirada resentida, y pudieron advertirse con detalle sus rasgos asiáticos. La joven, de gran belleza, soltó finalmente a Guillermo, dejándole derrumbarse en el suelo encharcado. Después volvió a coger su rifle y marchó en silencio hacia una de las casas mientras miraba a Aaron visiblemente enojada.

— Llevad a Guillermo a la enfermería y curadle — solicitó Ben a sus hombres — que se asee, descanse, y coma un poco. Después acompañadle junto a sus amigos — mientras los hostiles se llevaban a un Guillermo semiinconsciente, Ben se dirigió a Ana amistosamente — Mientras tanto, invitaré a Ana Belén a un reconfortante desayuno.

Ana respondió con una mirada cargada de miedo. Aquel hombre la inquietaba de veras, más sabiendo que había presentado a Máriam como su hija.

— ¿Quieres esperarme en casa? —dijo Ben con cariño a Emily para que se retirara prudentemente

Emily asintió, marchando hacia su casa no sin antes volver a intercambiar miradas de desconcierto con Ana. La siguió Aaron, reulando un momento para preguntar a Ben en voz baja

— ¿Tienes algo que contarme? —inquirió Aaron comedido

Ben le aguantó la mirada tres segundos, y después respondió con su eterno gesto inmutable

— No

La contestación pareció convencer a Aaron, que marchó tras Emily dejando a Ben en compañía de Ana Belén y Sam.

Héctor y Jose Luis descansaban en su habitación. Se preparaban para ir al puente donde se encontrarían con el capitán que les había prometido enseñárselo.

- ¿Estás seguro de que hemos quedado, verdad? — preguntó Héctor
- Sí, quedé claramente hoy, sólo que no he podido confirmarlo, porque hace varios días que no los he visto, pero lo de quedar hoy es seguro.— Contestó Jose Luis
- A ver si es verdad y no vamos para nada — dijo Héctor — que una siestecita no habría venido mal
- Tranquilo — ya verás como sí.

Tras prepararse salieron para la biblioteca, donde habían quedado con el capitán. Pasaban quince minutos de la hora convenida, y el capitán no aparecía.

- No puede ser que se haya olvidado — Jose Luis se maldecía
- Bueno, ya quedaremos con él otro día — Dijo Héctor resignado — prefiero irme a dormir que quedarme esperando
- Vamos a intentar otra cosa, por qué no vamos al puente directamente — propuso José Luis — Así, si no está el capitán, le buscarán y le preguntarán, y a lo mejor nos lo enseñan sin él...
- Vale — concedió Héctor — pero si nos ponen muchas pegas nos vamos, no tengo ganas de discutir hoy

Ambos se fueron decididos hacia el puente. Por el camino se encontraron a Ana Belén que se encontraba ensimismada en sus pensamientos.

- ¿Qué tal Ana ? — Dijo Héctor — Dónde vas tan solita
- De paseo — Contestó — No me encuentro muy bien. Voy hasta popa.
- Si estás mareada, en proa hace más aire — dijo José Luis
- Ya, vengo de allí, pero es que están los dos tortolitos y no me apetece estar de farol.
- ¡je je! — rió Héctor — pues no sé yo qué decirte, allí suelen estar Zoe y Carlos
- No seais críos — Dijo Ana Belén — Zoe y Carlos sólo son amigos

- No te preocupes Héctor — Continuó José Luis — lo de Carlos es sólo sexo... — Giró la cabeza hacia Ana — Tú vete para allá, seguro que os propone algo a ti y a Zoe
- ¡ja ja ja ja! — José Luis y Héctor rieron a carcajadas. Ana Belén sonreía.
- Bueno... marcho a popa, y ya os cuento cómo nos ha ido — Ana Belén guiñó un ojo
- Bueno... Bueno... pero queremos detalles — pidió José Luis — Fotos si es posible

Los tres rieron. Ana Belén se dirigió a popa, y Héctor y José Luis subieron por la escalerilla que llevaba a la cubierta del puente

Una vez llegaron a la puerta del puente, José Luis llamó con los nudillos. Nadie contestó. Aguardaron unos minutos y lo volvieron a intentar con el mismo éxito. Esperaron largo rato fuera hasta que cuando estaban a punto de irse, José Luis giró el pomo de la puerta del puente. Estaba abierta.

- ¿Hola? ¿Se puede pasar? — José Luis se asomó con cuidado. — No hay nadie... ¿No te parece extraño?

Héctor asintió. Con la mirada convinieron entrar, y así lo hicieron.

El puente era una habitación relativamente grande había tres asientos y los tres estaban vacíos.

- A lo mejor es la hora de merendar — Dijo Héctor
- ¿Y se van todos? — José Luis no entendía nada — no hay más accidentes porque Dios no quiere...
- Mira, ahí está el timón.— Héctor señaló una gran rueda en mitad del cuadro de mandos

Los dos jóvenes se acercaron. Miraron el cuadro de mandos intentando elucubrar el significado de cada uno de los signos que se veían.

- Este ha de ser el radar — dijo Héctor señalando una pantalla
- Pues sí... no se ve nada en el horizonte
- Aquí hay una hoja de ruta. — José Luis cogió un mapa que estaba encima del cuadro de mandos, donde estaba trazada a bolígrafo la ruta a seguir por el barco.

— ¿Qué es esto?

Al levantar el mapa Héctor se dio cuenta que una luz roja estaba parpadeando. Un pequeño cartel informaba de que se había producido un desvío con respecto a la ruta base programada.

— Aquí en el mapa hay un trozo dibujado en lápiz — Informó José Luis

— ¿Dónde?

— Mira, por aquí... se desvía de la ruta marcada y se termina aquí en un punto en medio de la nada...

— Pues ... si hacemos caso a ese GPS estamos a punto de llegar justo a ese punto. — Héctor señalaba otro de los aparatos del cuadro de mandos

— Hay unos números en ese punto: 4, 8 ... En fin ellos sabrán — Dijo José Luis dejando el mapa tal y como lo había encontrado

— Oye, ahí hay algo — Héctor señaló una especie de almacén que tenía la puerta medio abierta.

Se acercaron al armario. Abrieron la puerta y se quedaron de piedra. No podían creer lo que veían. El capitán y dos tripulantes estaban dentro del almacén atados, amordazados e inconscientes.

— ¿Qué coño es esto? — dijo Héctor nervioso

— ¿Qué está pasando? — José Luis dio dos pasos atrás — ¿Han secuestrado el barco?

De repente, un potente silbido empezó a sonar. Las alarmas del cuadro de mandos comenzaron a volver locas. Los chicos se acercaron al cuadro de mandos. En el radar podía verse una creciente masa, justo en la parte izquierda. Miraron a la izquierda y alcanzaron a ver una esfera de potente luz acercarse al barco a gran velocidad. No tuvieron tiempo para reaccionar, una violenta sacudida les alcanzó de lleno, golpeándose fuertemente en la cabeza, y perdiendo el conocimiento al instante

En el poblado que aquellos llamaban Dharmaville, los miembros del grupo que había salido en busca de Ana Belén estaban encerrados en unas celdas subterráneas. Los habitantes de Dharmaville los habían encerrado en celdas diferentes, incomunicadas entre sí. En una de ellas mantenían a Carlos, Zoe y Alejandro, mientras que en la otra estaban Claudio, María M., Jesús, y José Enrique.

Zoe empezó a escuchar gritos de fuera, y se puso en pie enseguida. Alejandro la siguió. Carlos miró hacia la puerta, sentado. Los carceleros abrieron la puerta que llevaba a la superficie. Traían a Guillermo que no ofrecía resistencia. Estaba magullado y parecía en estado de shock. Abrieron la celda y Guillermo entró en ella. Tal como entró, Guillermo se sentó en el rincón más alejado de los chicos sin mediar palabra.

— ¿Qué le pasa? — Dijo Alejandro en voz baja para que Guillermo no le oyese

— ¿No le habrán hecho nada estos cabrones? — Zoe tenía los ojos encendidos

— No lo creo — Dijo Carlos que se incorporó — Dejádme que hable con él.

Carlos se dirigió al rincón en el que se encontraba su amigo.

— ¿Cómo estás? — Carlos le puso la mano en el hombro mientras se sentaba a su lado

Guillermo parecía querer hablar, pero no podía. No contestó a la pregunta.

— Estábamos preocupados. No sabíamos de vosotros. ¿Ana está bien? ¿También está aquí? — Guillermo no hablaba — ¿Ha pasado algo? — Insistió Carlos

— Ana está bien. Y... He visto... a Máriam — Guillermo por fin habló, cabizbajo

— ¡Pero... Eso es una buena noticia! — Zoe entró de repente en la conversación con una enorme sonrisa — ¿Dónde la has visto?

— No tanto ... — Guillermo miró a los ojos a Carlos. Él vio como las lágrimas corrían por sus mejillas — Está con ellos... vive con ellos en este pueblo... no sé qué le han hecho... pero no me ha reconocido. Le he gritado... pero... ella me ha mirado como si no me conociese... me la han quitado Carlos.

Carlos se inclinó hacia adelante y tomó un rato para pensar. Apretó fuertemente los labios y las manos de pura rabia, pero no hizo ningún ruido. Levantó la mirada y vio a Alejandro con la boca abierta, haciendo aspavientos visiblemente exaltado por lo que había contado Guillermo. Zoe, que parecía intentar mantener la cabeza fría, continuó la conversación intentando calmar a Guillermo.

- Piensa una cosa Guillermo. Ella está bien. Ha tenido la suerte que probablemente no han tenido los demás... es probable que sea simplemente amnesia del accidente.
- Ya no estoy seguro de nada... — Guillermo siguió cabizbajo — pasan cosas muy raras en esta isla. Quizá a ella le haya pasado lo mismo que a Ana Belén.
- ¿Ana Belén? ¿Cosas raras en la Isla? ¿Qué le ha pasado? — Carlos preguntó visiblemente preocupado.
- Nada... , aparentemente, pero el caso es que... la isla parece que le habla... — Guillermo hablaba con gesto de no entender qué estaba pasando
- ¿Que... la isla... le habla? — Carlos se había quedado de piedra
- Sí... , por eso se marchó del campamento de la playa... Por eso quiso escaparse... — contestó Guillermo — La isla la está llamando
- Pero... no nos volvamos locos... Ana Belén ha tenido un golpe muy fuerte en la cabeza... podría ver enanitos verdes y ser normal — Zoe intentó poner un poco de cordura en la conversación — además, esa chica no ha demostrado tener la cabeza muy bien amueblada — Zoe sentía cierto resentimiento hacia Ana Belén
- Ójala fuera tan fácil... — Exclamó Guillermo
- ¿A qué te refieres? — Carlos frunció el ceño
- Cuando Ana y yo nos escapamos, cuando nos quedamos solos, me contó que sentía cosas. En ese momento, yo no la creí, pero de repente empezó a correr como si estuviese poseída en una dirección, hasta que finalmente encontramos una estatua. Estaba destrozada, sólo quedaba un pie, pero ella sabía muchas cosas de esa estatua.
- ¿Cómo? ¿Una estatua? — Preguntó Carlos desconcertado — ¿Que cosas sabía?

— Pues para empezar, estaba flipando. Empezó a narrar detalles de la estatua, como la altura, lo que había tenido en las manos... Dijo una frase extraña... la tierra de la fertilidad debía ser infértil... o algo así. Después pareció tomar conciencia de algo, recordar algo... entonces me dijo que ella vivía allí, que vivió a la sombra de la estatua.

Carlos se levantó y se puso a andar por la celda pensativo. Zoe se sentó al lado de Guillermo ocupando su puesto.

— Pero vamos a ver... por mucho que ella dijera... ¿No dices que la estatua estaba destrozada? — Apuntó Zoe

— Sí... sólo quedaba un pie — respondió Guillermo

— Entonces no podemos corroborar que todo lo que diga sea verdad... A lo mejor encontró la estatua por casualidad y el resto se lo inventó... — Las palabras de Zoe parecían tener lógica — De ella no me extrañaría en absoluto.

— Ya, pero luego le pregunté si ella sabía dónde estaba Máriam — El tono de voz de Guillermo se tornó sombrío — y me trajo hasta aquí... y Máriam... está aquí con ellos

Zoe no supo qué decir. Carlos, serio, lanzó una pregunta a Guillermo

— ¿Y dónde está Ana Belén ahora?

— Parece que tenga algún tipo de valor para su líder, Hugo creo que se llama... — recordó Guillermo — No tenían ningún problema en dispararme a mí, pero a ella... a pesar de haber matado a uno de ellos... nadie se atrevió a dispararle. Creo que se la han llevado arriba... creo que está con un tal Ben... parece otro de los líderes... — Guillermo habló casi en susurros — aquél al que Máriam llamó papá...

— Entiendo — Dijo Carlos — Por eso crees que a Ana Belén le puede estar sucediendo lo mismo que le pasó a Máriam.

— Sí — Respondió Guillermo — Creo que esta Ana Belén terminará olvidándose de nosotros como lo hizo Máriam. Creo que ellos nos están haciendo algo.

Un silencio sepulcral se hizo en la celda. Zoe y Alejandro se miraban. Guillermo miraba al suelo desconsolado, y Carlos paseaba por la celda con gesto serio. De repente, Carlos rompió el silencio.

- Tenemos que huir. No podemos seguir ni un minuto más aquí
- Conmigo no contéis — Dijo Guillermo — Quiero estar donde esté Máriam
- ¿Estás seguro Guillermo? — el joven asintió angustiado — Me parece justo — Concedió Carlos — Zoe, Alejandro ¿Puedo contar con vosotros?

Los dos asintieron

- Pues estad atentos porque cuando tengamos la oportunidad no la desaprovecharemos — Dijo Carlos
- ¿Pero cómo lo haremos? — preguntó Zoe confusa — ¿Cómo escapar de aquí?

Carlos quedó callado, pensativo, apoyado en la pared y con la mirada perdida.

— o —

En la otra playa, Chema abría el día dándose un chapuzón en las tranquilas aguas del mar. A distancia, sentado en una roca, Pablo le observaba con atención. Su rostro revelaba claramente los pensamientos más enjundiosos. Se le veía irritado, lo que contrastaba con el estado de Chema, que salió del agua totalmente relajado y reconfortado por el primer baño de la mañana. El joven no se percató de la presencia de Pablo, pero sí vio llegar a Manolo, que venía en carrera suave por la orilla.

- Buenos días — saludó cordial Chema; Manolo se detuvo a su altura, recuperando el aliento— Hemos madrugado, ¿eh?
- Sí — contestó Manolo — es la mejor hora para correr. ¿Cómo está el agua? ¿Fría?
- Bueno... ahora mismo no me siento las pelotas, pero por lo demás... jejeje — respondió Chema jocoso

Los dos rieron, y Pablo desde su posición seguía observando. Contrastaba la seriedad del joven con los gestos relajados de sus compañeros. En la zona de las tiendas, la gente comenzaba a desperezarse; poco a poco, los chicos iban saliendo de las tiendas, entre bostezos y estiramientos. Chus salió de su tienda con ojos somnolientos y a punto estuvo de chocarse

con Rubén. Fue un momento incómodo para los dos. Rubén se apartó para abrirle paso y los dos cruzaron durante un segundo una mirada inquietante. Cerca de ellos, Mari Carmen alcanzó a ver cómo el rostro de Chus se descomponía; entonces, aguardó unos segundos y se acercó a ella

- Buenos días — saludó Mari Carmen
- ¡Hola...! — Chus cambió el gesto rápidamente, regalando una tierna sonrisa a su amiga — ¿Qué tal has dormido?
- No muy bien — respondió Carmen visiblemente cansada — supongo que me puede la preocupación, pensando en mi familia. Espero que esta pesadilla acabe pronto — Chus asintió con la cabeza, transmitiéndole confianza— ¿Tú cómo estás Chus? ¿Te encuentras bien? Dentro de lo que cabe, claro...
- Estoy bien, gracias — Chus se mostraba escueta, sonreía, pero su mirada la delataba — También un poco cansada.
- Ocurrió algo el otro día, en la selva...¿verdad? — Mari Carmen estaba preocupada por Chus — Desde que Rubén y tú volvisteis... no habéis querido hablar de ello, estáis raros... pero es evidente que pasó algo — Chus torció el gesto, se la veía incómoda, y se limitó a negar con la cabeza; Carmen quiso mostrarle su apoyo — Puedes contarme lo que quieras, ¿vale? Cuando necesites hablar, aquí me tienes.

Chus le agradeció con una sonrisa sincera. Carmen marchó a otra zona del campamento y se cruzó con Toni, Héctor y Pancho, que se dirigían al agua para pescar con aparejos fabricados por ellos mismos. A lo lejos se acercó Pablo, increpándoles

- ¡¡Ehh!! — les gritó mientras se acercaba enérgico — ¡Esa caña es mía! — los muchachos se miraron sorprendidos por la reacción de Pablo, que llegó a su altura agarrando con brusquedad la caña que llevaba Héctor — ¡Es mía! ¿Quién coño te ha dado permiso para cogerla?
- Lo siento Pablo... — contestó Héctor totalmente descolocado — no pensé que importara. Se supone que las cañas son de todos, da igual quién las haya hecho; son para que las usemos todos, ¿no?
- ¡Una mierda! — Pablo estaba muy agresivo — Aquí cada uno que se haga sus cosas. Si quieres pescar te buscas la vida, pero no cojas lo mío.

- A ver Pablo...—Toni trató de poner cordura— Que no pasa nada, tío —Pablo se revolvió, seguía increpándoles, y los muchachos no entendían nada; Toni no sabía cómo calmarle— Pero...¿Cuál es el problema? Estamos todos juntos, compartimos las cosas. Ahora nosotros vamos a buscar comida para todo el grupo, tú incluido. Si conseguimos pescar, tú podrás comer al igual que el resto. No entiendo...
- ¡Que no me cuentes tu vida! — Pablo empujó a Toni, no atendía a razones — ¡Aquí cada uno a lo suyo! ¡Yo no veo trabajo en equipo aquí! Llevamos cinco días en esta puta isla y nadie hace nada. Parece que no queráis salir de aquí. ¡Así que dejad mis cosas, no las toquéis! ¡Yo no toco las vuestras!
- Pablo, estás sacando las cosas de quicio — Pancho también se mostró conciliador, y posó la mano en el hombro de Pablo para calmarle, pero éste reaccionó peor y le dio un manotazo que molestó de veras a Pancho — ¡Oye! Cuidadito con las manos...!
- ¡Qué pasa! — Pablo soltó la caña y acercó su cara intimidante a la de Pancho. Toni y Héctor intervinieron agarrando a Pablo para frenarle, pero se revolvió aún más — ¡No me toquéis coño!

Toni se hartó de la actitud de su compañero, y le empujó enérgicamente haciéndole caer de culo en la arena.

- ¡Cálmate joder! — ordenó Toni imponiéndose — ¿Qué es lo que te pasa hoy? Todos estamos cansados, pero no tienes que pagar tu mal humor con nosotros.

Entonces Pablo se levantó del suelo con los ojos inyectados en sangre y lanzó un violento puñetazo contra Toni. Los demás quedaron petrificados. Los que estaban cerca de las tiendas acudieron enseguida alarmados para poner paz. Toni se levantó rápidamente y devolvió el golpe a Pablo. Comenzó una tremenda pelea, Pancho se metió en medio y recibió un puñetazo de un enfurecido Pablo, que repartía a diestro y siniestro. Pancho se echó a un lado, dolorido, y tras tomar aire unos momentos se lanzó a por Pablo, descargando golpes y patadas. Enseguida llegaron los demás, agarrando a los chicos para separarles.

Sin que nadie le esperara, llegó Ruben sin mediar palabra. Se acercó al grupo cogió la caña y la partió sobre su rodilla.

- ¡A ver si así os calláis de una puta vez! — dijo mientras volvía a su recogimiento

Los demás quedaron petrificados sin saber qué decir. Pablo se soltó de las manos que lo agarraban, miró a Rubén con odio, pero no dijo nada. Se alejó del resto para estar solo.

— o —

Hacía un rato que había dejado de llover. El día parecía abrir por fin, el sol se asomaba entre las nubes, y Ben respiraba con los ojos entornados el aire fresco mientras aguardaba la llegada de Ana Belén sentado en una cómoda silla, en la pérgola, presidiendo una mesa repleta de comida: fruta, leche, cereales y otros alimentos ligeros para el desayuno. Ana llegó hasta la terraza custodiada por Ji Yeon; la acompañó a su asiento y después marchó obediente a otra zona del poblado. Ana vestía ropa limpia, vaqueros y camiseta, y aún con el pelo mojado se sentó frente a Ben.

- ¿Café? — le ofreció Ben mientras servía una taza
- Prefiero tomar zumo — Ana rehusó cogiendo ella misma una jarra de zumo y llenando su vaso
- Estarás hambrienta — dijo Ben muy cordial señalando la apetitosa comida — Espero que el menú sea de tu agrado
- Le agradezco la cortesía — respondió Ana después de dar un buen trago a su bebida. Muy comedida, a la vez que cogía una tostada, se atrevió a preguntar— ¿Tiene usted el mando aquí? — Ben no contestó, y Ana así lo entendió — Supongo que ya sabe por qué estoy aquí. . .
- Por favor Ana Belén, tutéame — rogó Ben amistoso — Por supuesto, sé qué es lo que te trajo hasta aquí. Supongo que ahora mismo te encontrarás en un mar de dudas. . . ignorando por qué parece saber ciertas cosas sobre esta isla, por qué parece que la conozcas, y por qué has sido capaz de encontrarnos.
- Quiero saber qué ocurre en la isla — Ana estaba impaciente por conocer — Quiero que me cuentes quiénes sois, por qué sabéis nuestros nombres, y qué queréis de nosotros.

Ben se sonrió al tiempo que arqueó las cejas.

- ¡Vaya! Me habrán preguntado eso como un millón de veces jajaja — respondió distendido — Lamentablemente, no es tan sencillo de explicar. He de pedirte un poco de paciencia Ana Belén. En este momento, si respondiese a esas preguntas, no podrías entenderlo, no serías capaz.

- Pruébame — replicó Ana — Llevamos en la isla cuatro días y han ocurrido cosas demasiado extrañas. Nuestro barco se hundió, naufragamos en esta tierra extraña, y a partir de entonces todo ha sido confusión. Disparé a uno de los vuestros y ahora está muerto... pero habéis reaccionado como si nada. ¿No vais a tomar represalias contra mí? — Ana no entendía nada, Ben permanecía callado, escuchándola, lo que aumentaba su inquietud — ¿Qué me está ocurriendo? — Ana sentía angustia y temor- ¿Cómo es posible que esté recordando cosas que nunca antes había visto ni vivido?
- Repito Ana...has de tener paciencia — Ben se mostraba relajado mientras tomaba su café — Así no conseguirás ordenar tus pensamientos... y ver con claridad. De momento tu única preocupación debe ser descansar, pasar unos días de tranquilidad en el poblado, con nosotros, y en compañía de tus amigos. Iremos hablando, intercambiando reflexiones, y verás cómo en poco tiempo tus dudas se despejarán — Ben se mostraba coherente y templado — Esta mañana sólo pretendo que te relajes, que entiendas que puedas confiar en nosotros. Lo único que quiero pedirte es que no te obsesiones por todo lo que estás viendo y sintiendo aquí. Os hemos traído al poblado por vuestra propia seguridad, aquí estaréis a salvo. No te preocupes de nada más.
- ¿Piensas que mis amigos y yo estamos en peligro? — preguntó una incrédula Ana — ¿Y que vosotros sois nuestros protectores, armados hasta los dientes como un pequeño ejército? — Ben intuyó el sarcasmo y respondió con una mueca— ¿Acaso estáis librando una guerra en esta isla? ¿Lucháis contra las fuerzas del mal o algo así? ¿Me equivoco?
- Creo que no comprendes tu situación, Ana Belén — contestó Ben sin perder su buen humor — Comprendo que la primera impresión tal vez conduzca a error...que parezcamos un grupo de chiflados buscando adeptos para nuestra pequeña secta. Pero no lo somos, creo que eso ya fue aclarado. No somos una secta, ni unos hippies trasnochados revelados contra el mundo — A Ana le molestó que le pisara la idea, porque era lo siguiente que iba a sugerirle. Ben parecía conocerla muy bien — Pero efectivamente, hay peligros en esta isla ante los cuales debéis de cuidaros. Decís que llegasteis aquí de forma accidental... eso está por ver. Nada es casualidad aquí. De momento, hasta que tomemos una decisión respecto a vosotros, permaneceréis en el poblado. Sólo aquí estaréis a salvo.
- Necesito saber ciertas cosas sobre mí — Ana se resistía a no obtener respuestas de Ben — Al menos respóndeme por qué estoy recordando

cosas. Ayer vi una estatua... — Ben reaccionó con sorpresa — Puedo moverme por la selva sin perderme, conozco los caminos, y sabía dónde estaba el poblado.

— Entiendo... — asintió un misterioso y reflexivo Ben — No has de inquietarte por ello Ana Belén. Te prometo que, cuando estés preparada, contestaré a cada uno de los enigmas que llevas en tu cabeza — A continuación Ben se levantó y se dispuso a marchar — No debes preocuparte por lo que estás sintiendo, ahora sólo piensa en relajarte y disfrutar la estancia. He de irme, luego volveremos a hablar.

— Pero... — Ana no estaba conforme y también se incorporó — un momento Ben... ¿Qué pasa con Máriam? ¿Qué le habéis hecho para que no nos recuerde? ¿Vas a decirme que eso también es normal y que no debo preocuparme?

— ¿Máriam? — preguntó Ben sorprendido — Lo lamento pero... me temo que Guillermo y tú sufrís algún tipo de alucinación post-traumática. La joven que habéis conocido, y a la que confundís con esa otra persona, es en verdad mi hija Emily — Ana no daba crédito, Ben parecía muy convincente en su explicación — No hay ninguna Máriam en esta isla, créeme. Yo lo sabría... — concluyó con una enigmática sonrisa

Ben se fue hacia su casa, dejando a Ana en la nueva compañía de Sam que llegó a la pérgola de inmediato.

— ¿Te acompaño en tu desayuno? — Saludó cordial Sam mientras se sentaba y cogía una pieza de fruta — Parece que todo tiene buena pinta — Ana no dijo nada, se limitó a bajar la mirada y acabar su zumo — Veo que te han dado ropa nueva, te queda bien.

— ¿Qué quieres? — respondió Ana — No tienes que darme conversación. Si no vais a responder a mis preguntas no sé qué haces hablando conmigo.

Sam guardó silencio un momento mientras la observaba fijamente. Su semblante era agradable, transmitía paz y confianza. No parecía molestarle el tono agresivo de Ana, a la que le incomodaba cada vez más la forma en que el joven la miraba.

— ¿Acaso eres mi guardaespaldas personal? — Ana se sentía contrariada y desviaba la mirada para no encontrarse con la de Sam — ¿Tienes que vigilarme para que no me vuelva loca y mate a otro de los vuestros?

— No tuviste la culpa de lo de Brian — Sam se mostraba receptivo — Fue algo fortuito. Él quería haceros daño. Te defendiste y protegiste a Guillermo.

Ana estaba sorprendida por el trato afable que recibía de Sam. No alcanzaba a comprender cuál era el interés del joven.

— Dime una cosa Sam — preguntó Ana, curiosa — ¿Por qué dejaste que Guillermo y yo escapáramos en la selva? Sé que nos viste... pero no delataste nuestra posición. ¿Por qué?

Sam volvió a responder con un silencio abrumador, no dijo nada pero le devolvió una mirada limpia, simpática y atrayente, acompañada de una sonrisa cuanto menos seductora. Entonces Ana se ruborizó y no pudo aguantar la mirada. Él lo advirtió y sonrió aún más.

— ¿Puedes decir algo cuando te hablo, por favor? — solicitó Ana realmente incómoda— No me gusta que te quedes callado y me mires así.

— Lo siento, te pido perdón — Sam se apresuró en disculparse — Lo último que quiero es incomodarte.

— Contéstame a esto... — Ana trató de cambiar rápido de tema — Ese hombre... Ben... ¿Confías en él?

El gesto de Sam se tornó serio; a esto sí respondió: había mucha seguridad y convicción en sus palabras

— Absolutamente. Ese hombre, salvó la vida de mis padres —afirmó rotundo Sam— Hace años les ayudó a escapar cuando la isla estuvo a punto de... —entonces interrumpió su discurso— Bueno, esa es otra historia... una vieja historia que no querrás oír — Ana sí quería saber, más viendo a un emocionado Sam, pero él no parecía dispuesto a proseguir y cambió de tema, prudente — El caso es que Ben fue uno de los que hizo posible que mis padres salvaran la vida. Todos nosotros le debemos mucho, sobre todo los más jóvenes, los que llevamos aquí menos tiempo.

— ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la isla? — preguntó Ana con una curiosidad creciente

- Aún no había cumplido los 18 cuando desembarqué — recordó Sam con un poco de nostalgia — Cuando Hugo y Ben nos pidieron que viniésemos...no pudimos negarnos. Ji Yeon, Aaron, Charlie y yo llegamos cargados de ilusión, deseosos de poder ayudar a nuestros amigos — Ana notaba que poco a poco Sam se abría, y eso le gustaba.
- Y... — Ana decidió probar suerte — ¿A qué os dedicáis exactamente? Quiero decir, ¿Cuál es vuestro cometido aquí?

Sam sonrió divertido, advirtiendo el intento de ella por sacarle información.

- Pues mi misión en concreto es...—respondió Sam con aparente disposición— Vigilar, mantener la herida de tu frente limpia y libre de infección procurando que no pierdas ningún punto y...por supuesto, cuidar que no vuelvas a robar ningún arma. Soy el encargado de tu salud y bienestar.

Ana sonrió por primera vez; Sam le hacía olvidar por un momento la difícil situación en la que se encontraba.

— o —

Zoe y Alejandro permanecían sentados en sus catres, en silencio. Todos pensaban un plan para escapar, pero parecía complicado en su situación. Guillermo permanecía tumbado en silencio, con los ojos abiertos y mirando al techo. Carlos llevaba largo rato de pie con la mirada perdida, pensativo. Zoe empezaba a preocuparse por él. Se levantó y se acercó a su compañero.

- ¿Te pasa algo? — Zoe miraba a los ojos perdidos de Carlos.
- Nada... Sólo que esta situación me desespera y hemos de encontrar la manera de salir de aquí — Dijo Carlos volviendo en sí.
- Sabes que puedes contar conmigo — Zoe se ofreció — yo también estoy cansada de esta situación
- Ven aquí — Carlos abrió los brazos y le ofreció un tierno abrazo con una cálida sonrisa en la boca

Zoe se dejó caer sobre el hombro de Carlos y este le rodeó con sus brazos, acariciando su espalda. Zoe que había estado en tensión desde el accidente, se sintió enormemente relajada al calor de los brazos de Carlos.

Su tensión desaparecía al tiempo que no podía evitar que las lágrimas asomaban a sus ojos. Carlos notó temblar a Zoe, que se derrumbó en un silencioso llanto sobre el pecho de su amigo. Carlos besó tiernamente la frente de Zoe y le acarició el pelo.

— Tranquila, no dejaré que te ocurra nada — Le susurró Carlos al oído — no tienes nada que temer.

Zoe abrazó fuertemente a Carlos agradeciendo sus palabras. Y seguidamente intentó eliminar el sentimiento de melancolía de su cuerpo. Zoe no quería sentirse débil.

— ¡No me pienso acostar contigo! — Dijo ella enjugándose las lágrimas con una de sus manos mientras con la otra seguía abrazando a Carlos. Zoe vestía una amplia sonrisa

— ¡Jajaja! me has pillado — Carlos continuó bromeando — pero, nunca digas de este agua no beberé.

Zoe no contestó y volvió a hundir la cabeza en el pecho de Carlos. Éste le correspondió acariciándole de nuevo la espalda.

De repente, un golpe seco en la puerta sobresaltó al grupo. Zoe se apartó de Carlos

Un hombre entrado en la treintena, alto, pelo castaño ligeramente largo, apareció con una bolsa de papel con sandwiches y una botella con agua. Carlos le miró fijamente. El hombre sonrió tímidamente y se acercó a la celda.

— Os traigo comida y agua — Dijo aquel hombre

Nadie movió un músculo. Zoe, Carlos y Alejandro le miraban fijamente. Guillermo continuaba sumido en sus pensamientos. El hombre pasó la botella entre las rejas y Zoe la cogió. A continuación, pasó la bolsa de sandwiches. Carlos alargó la mano, y cuando sus manos se rozaron, una fuerte descarga de electricidad estática les sobresaltó. Carlos y aquel hombre se miraron a los ojos.

— ¿Tú eres Carlos, verdad? — Dijo el hombre con la mano aún temblando por la descarga.

— El mismo — Carlos hacía gestos de dolor y movía la mano intentando sacudirse la molestia — ¿ Por qué lo preguntas?

- Ana Belén y tú sois los líderes del grupo... ¿verdad? — Dijo él. Zoe torció el gesto al oír el nombre de Ana Belén.
- Siento decirte que en este grupo no hay líderes... — dijo Carlos — Sólo soy uno más — ¿tú quién eres?
- Me llamo igual que tú. Bueno, me llaman Charlie, Charlie Hume — Se presentó el hombre
- ¿Y qué quieres de nosotros, Charlie? — Preguntó seguidamente Zoe
- Únicamente deciros, que no estoy de acuerdo con lo que están haciendo con vosotros... creo que es una injusticia... vosotros habéis llegado a la isla por una razón que ellos no alcanzan a comprender

Carlos, Zoe y Alejandro se miraron sorprendidos.

- ¿Y qué se supone que hemos de hacer? — Zoe preguntó contrariada
- No lo sé... — Charlie bajó la cabeza — sólo sé que mi padre me advirtió de que algún día llegaríais, y que yo debía ayudaros.
- ¿Quién es tu padre? — Preguntó Carlos
- Desmond... se llamaba Desmond, Desmond Hume. — Contestó Charlie
- Pues siento decirte que no le conozco de nada — Carlos miró al resto — ¿Y vosotros? — Zoe y Alejandro negaron con la cabeza. Guillermo no contestó, parecía ajeno a la conversación — pero si quieres ayudarnos — Continuó Carlos — Sácanos de aquí.
- Como queráis — respondió Charlie
- ¿Así de fácil? — Preguntó Zoe
- Así de fácil, mi destino es hacerlo — dijo él.
- Y como sabemos que no es una trampa — preguntó Alejandro
- y ¿Para que habrían de meternos en una trampa? — Dijo Carlos — nos han capturado... pueden hacer con nosotros lo que quieran. Entonces, has dicho que puedes sacarnos de aquí.
- Si, pero... estamos en pleno centro de la aldea, es imposible salir sin que os vean. — Dijo Charlie.

- Podemos tomarte como rehén — Pensó Carlos — Prefiero que no te descubras. Necesitaremos a alguien dentro para saber cómo siguen nuestros amigos.
- No puedo aseguraos que no os disparen. Los ánimos están muy caldeados aquí
- Correremos el riesgo — Carlos miró a Zoe y Alejandro, que asintieron.
- Como queráis — Hablaba Charlie mientras habría la puerta — Tengo una pistola.

Charlie le pasó la pistola a Carlos. Zoe, Alejandro y Carlos se miraban alucinados, no podían creer que aquello fuera a resultar tan fácil.

- Pase lo que pase Charlie, Muchas gracias por todo — agradeció Carlos
- Sólo hago lo que el destino me ha marcado. Nada más — Charlie hablaba cual miembro destacado de una secta — En algún momento vosotros también haréis lo que os está predeterminado hacer.

Carlos no corrigió a Charlie y se dispusieron a escapar de la aldea.

— o —

Sam y Ana Belén llevaban un rato charlando mientras concluían el paseo por el poblado. Sam se había ofrecido a ser su guía para mostrarle la pequeña aldea conocida como Dharmaville. Llegaron hasta la última zona, la más alejada de las casas donde había un gran jardín repleto de plantas y flores de colores llamativos.

- Pues esta es nuestra pequeña ciudad —dijo Sam distendido— Aquí concluye la visita guiada. Espero que haya sido de tu agrado.
- Me ha gustado mucho —agradeció Ana— Es un estilo de vida un poco clásico, pero parece que sois felices en esta especie de oasis. Cargados de armas... pero felices — Sam sonrió, se encontraba realmente cómodo conversando con Ana — Aunque, creo que te ha faltado mostrarme una de las casas... No me has enseñado dónde vive Hugo.

- Hugo no vive en la aldea — aclaró Sam tornando comedido — su casa está lejos de aquí.
- Quiero que me lleves con él — pidió Ana con decisión — Quiero conocerle. Aaron dijo que Hugo era el que me mantenía con vida. Entiendo que es vuestro líder, es vuestro jefe por encima incluso de Ben... Él me dará las respuestas que necesito.
- No has escuchado a Ben — Sam no estaba de acuerdo — Quieres saber acerca de cosas que se escapan a tu comprensión. Es necesario que confíes, que tengas paciencia... y poco a poco irás descubriendo tú misma todas esas cosas. ¿Acaso alguien te contó lo de la base de la estatua? — Ana respondió con sorpresa — Fuiste tú quien dio con esa playa, quien la encontró. No tengas prisa... o no podrás ver lo demás.
- ¿Por eso me dejaste escapar? — preguntó Ana Belén — ¿Querías que llegara hasta el pie?
- En realidad... — Sam dudó un momento antes de atreverse a responder — No quería que te hicieran daño. Pese a las órdenes de mantenerte con vida, temía que mis compañeros de exploración tomaran represalias contra vosotros por la muerte de Brian. Estaban muy enfadados y nerviosos.
- Claro, lo olvidaba... — apuntó Ana sonriendo cómplice — Eres el garante de mi salud y bienestar — Sam le devolvió la sonrisa desplegando todo su encanto, hecho que incomodaba de veras a Ana, de nuevo ruborizada — ¿Hugo te ha pedido personalmente que me protejas?
- Cada uno cumplimos una función aquí — aclaró el joven — Todos tenemos una misión... incluida tú, aunque aún no sepas cuál es jejeje — añadió Sam un tanto misterioso
- No es justo que me digas eso y después me pidas que no indague ni tenga prisa por conocer... — fingió una protesta Ana sonriendo, cada vez más cómoda y relajada — ¿Crees que voy a hacerte caso sólo por tu dulce voz y tu cara bonita?
- ¿Te parece que la tengo? ¡Vaya! Me siento halagado — Sam también se mostraba cómplice, y le divertía ver cómo Ana, más nerviosa, hacía esfuerzos por desviar la mirada y no encontrarse con el azul claro de los ojos del apuesto joven — No estoy acostumbrado a los piropos, muchas gracias.
- Ten cuidado Sam... no bajes la guardia... — insinuó Ana Belén — o podría volver a robarte la pistola.

Sam le regaló una gran sonrisa; no se habían dado cuenta, pero estaban hablando muy cerca el uno del otro. Ciertamente había una química especial entre ellos.

— o —

En las celdas, antes de irse los chicos se acercaron a Guillermo

— ¿Sigues pensando en quedarte? — Preguntó Zoe

— Si, no podría irme aunque quisiera — Guillermo miró a Zoe directamente a los ojos

— Que te vaya bien con Máriam — Dijo ella mientras lo abrazaba — Espero que seas capaz de despertarla.

Carlos le estrechó la mano a Guillermo para despedirse

— Mucha suerte Guillermo. — Le dijo Carlos cruzando con él una triste mirada.

— ¡Hasta luego tío, Cuídate! — Alejandro se despidió también de Guillermo.

— No quiero ser aguafiestas... pero hemos de irnos — recordó la voz de Charlie desde la puerta.

— Ok, Vamos — Dijo Carlos — Pero no cierres la puerta, porque si no sabrían que nos estás ayudando

Los chicos se dispusieron a abandonar la celda. Carlos preparó la pistola. Todos salieron al exterior con sigilo.

— ¡Hemos de liberar a los nuestros! — Dijo Zoe viendo que Charlie les llevaba en dirección hacia la selva

— No hay tiempo Zoe. Nos descubrirían y no serviría de nada. — contestó Charlie

— Tiene razón, Zoe — Dijo Carlos poniendo su mano sobre el hombro de su amiga — Volveremos por ellos.

Zoe aceptó las palabras de Carlos. Charlie les guió por detrás de los barracones. La suerte les sonreía y nadie se percató de su presencia. Cuando llegaron al último barracón, vieron a Ana Belén hablando con Sam animadamente. Charlie comandaba al grupo, haciéndoles avanzar por una zona de arbustos para camuflarse e intentar que nadie les viera. Al ver a la pareja se detuvieron un momento y se agacharon. Zoe entonces advirtió la complicidad entre Ana y Sam; era la primera vez que la veía desde que marchó de la playa, y se sorprendió al ver que no había sido apresada ni encerrada, como sí lo fue ella y el resto de compañeros, que estaba charlando relajadamente con aquel hostil como si fuesen amigos, libre de angustias y preocupaciones.

— ¿La han dejado libre? — Zoe hablaba indignada — ¡Mírala! nosotros encerrados preocupados por nuestra vida, y ella tan tranquila, a lo suyo.

Carlos le hizo un gesto para que mantuviera silencio. Zoe aceptó pero su malestar con Ana Belén aumentaba por momentos. De repente, un ruido alertó a Sam y a Ana Belén. Alejandro había golpeado con el pie un jarrón decorativo que se encontraba en el suelo partiéndolo en varios pedazos. Sam tomó su pistola y se acercó. Carlos agarró a Charlie y le utilizó como escudo, apuntando a su sien con la pistola. Zoe y Alejandro se colocaron detrás de él.

— ¡Charlie! — Exclamó Sam

— ¡Carlos! — Dijo Ana Belén al tiempo que Sam. Sam y Ana Belén se miraron

— ¡No os mováis! — Amenazó Sam

— Dejados ir — Advirtió Carlos sin amedrentarse — O me llevo a éste por delante.

— ¡Carlos, no hagas ninguna tontería. Es todo un error! — Ana Belén rogaba a Carlos

— ¡Sabes el tiempo que llevamos encerrados por tu culpa! — Gritó Zoe — Cómo sabemos que no te han hecho lo mismo que a Máriam.

— ¡Zoe! ¡No... ellos no quieren hacernos daño! ¡Únicamente protegen la isla! — Respondió Ana Belén — No lo entendéis

— ¡No la escuches Carlos! — Dijo Zoe enfurecida, más al ver cómo Sam escudaba a Ana detrás de él, en un gesto protector, — Hace tiempo

que dejó de estar de nuestro lado. Ahora ha mostrado su verdadera cara... Nos ha vendido. — Zoe se dirigió de nuevo a Ana, que se sentía defraudada con la actitud de su compañera, y se apoyó en Sam tomando su brazo en señal de cobijo — ¡Espero que no hayas olvidado lo que tienes fuera!

Ana Belén no dijo nada. Sólo miró a Zoe con una mezcla de resentimiento y sorpresa. En un gesto desafiante, se arrimó más a Sam.

De repente, un disparo se escuchó a lo lejos, Carlos empujó rápidamente a Zoe logrando evitar que la bala le impactara. Sin embargo, Alejandro no tuvo tanta suerte y recibió el disparo en el pecho cayendo al suelo sin vida.

Zoe se refugió tras Carlos, que había localizado con la mirada el origen del disparo segundos antes de producirse. Unos metros más allá, Ben se acercaba con una pistola en la mano. Apuntaba a Carlos que aún sujetaba la pistola apuntando a Charlie, agachado en el suelo.

— No podéis escapar. — Dijo Ben con suficiencia — No hay nada que hacer

Ben siguió apuntando a Carlos cuando llegó a la altura de Sam y Ana Belén. Allí se detuvo sin apartar la vista de ellos. Sam entonces guardó su arma confiando en la pericia de su superior. Carlos dedicó una mirada de odio a Ben.

— En esta isla no hay ningún sitio donde esconderse que yo no conozca — Sentenció Ben — Así que rendíos, y no sufriréis la misma suerte que vuestro amigo.

Sin mover casi un músculo de la cara, Carlos le susurró a Zoe.

— Corre

— ¿Cómo? — Dijo Zoe con el mismo volumen de voz de Carlos

— Confía en mi — Insistió Carlos — Corre hacia la selva. Ahora

Zoe hizo caso ciegamente a Carlos y comenzó a correr a gran velocidad hacia la selva. Ben desplazó su objetivo apuntando a la joven. Carlos aprovechó para abrir fuego sobre Ben. La bala impactó sobre la pistola de un sorprendido Ben, que cayó al suelo. Carlos dirigió una mirada tierna a Ana Belén, llevó la palma de su mano izquierda a los labios y le lanzó un beso al aire. Se despidió con la mano y echó a correr tras Zoe. Sam hizo amago de disparar a Carlos, pero Ben le detuvo.

— ¡No! ¡Déjame a mí! — Ben dirigió una mirada de seguridad a Sam, que asintió.

Ben se dio la vuelta y se dirigió al interior del poblado. Sam acudió junto a Charlie, que aún yacía en el suelo. Ana Belén permaneció en silencio, mirando en la dirección por donde habían huido Carlos y Zoe.

— o —

Guillermo aguardó unos minutos después de que sus compañeros marcharan para escapar de su celda. Procurando no hacer ruido, subió unas escaleras y accedió a la primera planta. Charlie había dejado una puerta lateral abierta para él, y aprovechó para salir no sin antes ponerse una chaqueta que había colgada en un ropero; parecía un uniforme, bordado con un logo donde podía leerse *DHARMA*. Guillermo pensó que así podría pasar algo más desapercibido, pero aún así procuró que nadie le viese deambular por el exterior. Salió a la calle y comenzó a caminar escudándose a cada paso tras el mobiliario, los árboles, o cualquier objeto grande que le sirviese de escondite. En ese momento había poca gente en la zona donde él se encontraba. Sí alcanzó a ver a Máriam, que entraba en una de las casas. Cuidando que nadie le descubriese, salió de su escondrijo y corrió hacia la vivienda. Guillermo optó por acceder por una de las ventanas que daban a la parte trasera; estaba medio abierta, y el joven encontró la oportunidad para entrar discretamente.

Apareció en uno de los dormitorios, en donde no había nadie; no se escuchaba ningún ruido en la casa, Máriam parecía estar sola. Guillermo se acercó a la puerta de la habitación y se dispuso a abrirla cuando, entonces, algo llamó su atención: una foto colgada en la pared en la que aparecían retratadas varias personas. Estaban sentadas, posando en la misma playa en la que Guillermo y sus compañeros tenían el campamento. El grupo de la foto sonreía, todos alegres y relajados. Guillermo quedó obnubilado viendo a Máriam en esa fotografía, y no se percató de que, la de carne y hueso, le había descubierto y estaba tras él apuntándole con una pistola.

— No te muevas — ordenó Máriam con tono amenazante; Guillermo se giró sobresaltado y levantó ligeramente las manos — ¿Cómo has llegado hasta aquí?

— Tranquila Máriam, tranquila... — Guillermo no quería alarmarla, buscaba rápido una explicación — Estoy aquí porque necesito verte. No sé qué es lo que te han hecho esos desgraciados, pero esta no eres tú. He venido a sacarte de aquí, a llevarte conmigo.

- ¡Fuera! — Máriam no dejaba de apuntarle con el arma y le dio paso para que saliera del cuarto y fuera hacia el salón — Las manos en alto, y no hagas ninguna tontería — Guillermo obedeció y caminó despacio hasta el salón seguido de una Máriam desconcertada e inquieta — No tengo idea de cómo has escapado, pero me parece que te has metido en un lío tremendo. Y por cierto...deja de llamarme Máriam. Mi nombre es Emily, creo que ya te quedó claro esta mañana.
- ¡Escúchame por favor! — rogó Guillermo desesperado, deteniéndose en mitad de la amplia sala y girándose para mirarla a los ojos — Estás confundida, ahora no lo entiendes pero esta gente no son tu familia. Han debido drogarte o algo para hacerte creer que vives aquí con ellos. Pero tú venías en el barco con nosotros, me llamo Guillermo y soy tu novio. Vivimos en Valencia. . . en España — Máriam seguía sin reaccionar — ¿Acaso no recuerdas dónde vives? ¿No recuerdas a tus padres y a tu hermana?
- Mi madre murió cuando yo era muy pequeña — replicó Emily, harta de la insistencia de aquel extraño — No tengo hermanos, a mi padre lo has conocido esta mañana. . . y es este hombre — Emily cogió una foto enmarcada de una estantería y se la mostró a Guillermo: en ella aparecía Ben junto a una Emily mucho más joven, los dos montados a caballo, ella detrás de Ben agarrándole por la cintura, posando sonrientes en uno de los valles de la isla. Guillermo alucinaba y Emily trataba de ser comprensiva y convincente — Esta foto es de hace quince años, fui con Ben, mi padre, de excursión. Siento de veras que me confundas con otra persona. Sufriste un gran accidente y es posible que haya dejado secuelas físicas que han alterado tu percepción de la realidad. Puede que me parezca a esa persona que buscas, pero yo soy Emily Linus. . . y lo soy desde el día que nací. Lo siento.

Guillermo seguía contemplando la foto sobrecogido. No podía entender cómo aquello era posible, e intentaba encontrar una explicación rápida.

- ¡Esto está trucado! ¡No es posible! — Se negaba a aceptarlo — ¡Sé quién eres! Yo no soy el que está alucinando...te han hecho algo y ahora eres víctima de una especie de ilusión — Emily no quería seguir con aquella conversación, le parecía ridículo, y aprovechó un momento en que Guillermo bajó la mirada para accionar un diminuto dispositivo que llevaba guardado en el bolsillo del pantalón — No es posible. . . — susurraba Guillermo — ¿Cómo han logrado borrar tu memoria? No lo entiendo. . .

En menos de un minuto la alarma de Emily había atraído a Aaron, que irrumpió en la casa rifle en mano, encañonando a un sobresaltado Guillermo.

— ¡Quieto! —gritó Aaron haciendo retroceder a Guillermo— ¡Maldito bastardo, no te muevas! — Guillermo obedeció agachando la cabeza. Aaron, se acercó a Emily y le habló con ternura al oído — ¿Estás bien?

Emily asintió, suspirando aliviada. Los dejó a solas no sin antes acariciar suavemente la mejilla de Aaron, gesto que irritó a Guillermo como una patada en el estómago. La joven salió de la casa cruzando una rápida mirada con Guillermo; se la veía molesta. Guillermo esperó a que Emily saliera por la puerta para cargar verbalmente contra Aaron.

— ¿Qué coño habéis hecho con mi novia? — Guillermo estaba enfurecido

— ¡Para ya con ese disco rayado! — Aaron también estaba harto — ¡No sé por qué motivo crees que conoces a Emily! Vuelvo a repetirlo... ¡No es tu novia! ¡No la conoces! — Guillermo negaba con la cabeza, no quería escucharle, y Aaron insistía— ¡Conozco a esa chica hace años! ¡Es mi prometida, joder! ¡Mi prometida!

Guillermo quedó blanco; no podía procesar aquello. No comprendía absolutamente nada.

— ¡Mientes! — Guillermo no desistía, se negaba a aceptar la nueva realidad

Entonces Aaron dejó el rifle a un lado con brusquedad, empujó a Guillermo haciéndole sentar en una butaca, y a continuación sacó de su bolsillo un aparato de color negro bastante extraño. Era pequeño y alargado, y de la base sobresalían varias pestañas. Apuntó a Guillermo con aquel artilugio, cosa que alarmó al joven, creyendo que lo que sostenía Aaron era un arma y se disponía a dispararle. Aaron pulsó una de las pestañas y, de repente, un haz de luz inundó todo el salón pasando a través de Guillermo, que se escudó en sus propios brazos cerrando los ojos asustado, pensando que le estaba atacando. Nada más lejos, cuando volvió a abrirlos pudo ver que del extraño dispositivo salía una imagen tridimensional que ocupaba casi todo el salón. Aaron mostraba un archivo de video a través de aquel pequeño aparato, en donde podían verse diferentes grabaciones en las que aparecían tanto Emily como otros de los habitantes de Dharmaville. Los fragmentos de video en tres dimensiones

mostraban varios momentos de la vida de Emily, en diferentes épocas de su vida. Guillermo no daba crédito, contemplaba aquellas imágenes entre el aturdimiento y la incredulidad. Pudo ver a Emily de niña montando su primer pony, luego cuando era adolescente estudiando en una de las aulas al aire libre del poblado junto a otros compañeros, en otra secuencia de video aprendiendo a tocar el piano en compañía de Ben, el momento de su graduación siendo felicitada por Charlie, Sam y Ji Yeon y recibiendo un romántico abrazo de Aaron acompañado de un intenso beso... El último fragmento de video mostraba la fiesta de compromiso de Emily y Aaron, una fiesta en la playa con muchos asistentes, todos disfrutando del evento entre brindis y regalos.

— Nos prometimos la pasada primavera — Añadió Aaron — Esta es nuestra vida... esta es la vida de Emily. ¿Vas a decirme que nada de esto es real?

Acto seguido Aaron apagó el dispositivo. Guillermo estaba de pie, quieto, en mitad del salón, tan sobrecogido que era incapaz de reaccionar. Sus músculos estaban tensionados, su rostro desencajado. No podía creerlo... pero era cierto. Pasó casi un minuto hasta que pudo decir algo

— ¿Qué es este aparato? — Guillermo estaba alucinando

— ¿Que qué es? — Aaron le miraba extrañado — Un visor 3D. Se inventaron hace siglos.

— Siglos... ¿En qué año estamos...? ¿Cuánto tiempo ha pasado? — preguntó al aire Guillermo

— ¿En qué año crees que estamos? — respondió un sorprendido y curioso Aaron

— En 2010... —dijo asustado Guillermo

— Me temo que eso es imposible... — apuntó Aaron con una mueca inquietante — Porque... si estuviésemos en 2010... yo tendría seis años.

La respuesta cayó como una losa en Guillermo, boquiabierto y ojiplático.

Zoe y Carlos se adentraban en la selva cuando oyeron un extraño sonido.

— ¿Qué es eso? — Gritó Zoe asustada

De un salto Carlos le tapó la boca a Zoe. Con la otra mano le hizo un gesto de silencio. Zoe asintió comprendiendo que Carlos quería que se mantuviese en silencio. Quitó la mano de su boca y se acercó lo suficiente como para susurrar a su oído.

— Escóndete tras esas ramas — ordenó Carlos — Voy a echar un vistazo. Vuelvo enseguida

Carlos sin casi hacer ruido se internó en la selva en busca del causante de ruido.

Apenas habían pasado unos minutos cuando un hombre de ojos saltones apareció por la selva. Zoe le seguía con la mirada escondida entre la maleza. Aquel hombre comenzó a otear a su alrededor, y cuando el giro de su cabeza tomó la dirección del lugar donde se escondía Zoe, comenzó a hablar

— Hola, Zoe — Su tono de voz neutro resultaba escalofriante

Zoe salió de su escondite

— ¿Quién eres? y ¿Cómo sabes mi nombre? — Dijo Zoe en tono amenazante

— Me llamo Ben — Dijo mientras le tendía la mano que Zoe no aceptó — Estás en el bando equivocado, Zoe

Zoe mantenía una distancia de seguridad con aquel hombre. Desempolvaba a marchas forzadas sus olvidados conocimientos de Karate para poder defenderse de aquel extraño.

— Eso tendré que decidirlo yo — Zoe intentaba ganar tiempo para analizar a su contrincante

— ¿Sabes?, no es algo personal, pero no puedo dejar que hagáis lo que habéis venido a hacer

— ¿Y qué se supone que vamos a hacer? — Dijo Zoe extrañada

— Dímelo tú, Zoe.

Ella mantuvo un silencio absoluto manteniendo la mirada fija en su Rival, intentando detectar cualquier movimiento extraño.

— Vamos Zoe, vas a hacerme creer que habéis llegado hasta aquí por casualidad. — Continuó Ben — Llevo demasiado tiempo en esta isla como para saber cuándo alguien la conoce.

— Cree lo que quieras, pero yo nunca he estado aquí — Las palabras de Zoe eran contundentes

Ben frunció el ceño. Zoe no entendía nada.

— Aún así no puedo dejar que continúes — A pesar de sus dudas Ben se mostraba intransigente

— ¿Y cómo me lo vas a impedir?

— No te gustará saberlo — La mirada de Ben asustó a Zoe, que empezaba a desear que Carlos llegase pronto y pudiese ayudarla.

— Bueno... pues no iré — Zoe intentaba ganar tiempo — pero para eso debo saber dónde no tengo que ir.

Ben estaba confuso

— ¿Dónde está tu amigo? — preguntó finalmente Ben

— No lo sé, supongo que habrá ido a buscarte — Contestó Zoe

— ¿A buscarte?

— Hemos oído un ruido, supongo que eras tú, y Carlos ha ido a comprobar qué era — respondió Zoe

— ¿En qué dirección marchó ? — Preguntó Ben curioso

Zoe dudó si decir la verdad, pero al final lo hizo

— Se fue en aquella dirección — dijo señalando el camino que había seguido Carlos

Ben se puso blanco, y retrocedió un par de pasos atrás.

— ¿Quiénes sois? — Dijo Ben visiblemente sorprendido

Zoe no supo qué responder, estaba tan sorprendida como él.

— No lo puedo permitir — dijo Ben visiblemente contrariado — prepárate a morir

Zoe se puso en posición, esperando el ataque de aquel hombre. Sin embargo el ataque que recibió no fue tan convencional como esperaba. Ben extendió sus brazos hacia ella. Zoe contempló cómo éstos se deshacían en un segundo en millones de partículas formando un espeso humo negro. Poco a poco el cuerpo de aquel hombre se fue desintegrado ante la cara de espanto de Zoe que quedó totalmente paralizada.

El extraño y ensordecedor ruido metálico que producía aquél extraño ser espantó aún más a Zoe que apenas pudo salir de su parálisis para caminar un par de pasos atrás. De repente, aquella masa gaseosa se lanzó contra ella y la empujó unos metros por el aire hasta impactar brutalmente con un árbol. Una rama le traspasó el hombro haciéndole sangrar abundantemente. La masa informe se retiró unos metros para ganar fuerza y lanzar su ataque final, cuando la voz de Carlos retumbó en los oídos de Zoe

— ¡Zoe! ¡No! — Carlos salió del bosque corriendo en auxilio de la maltrecha joven

Zoe vio cómo Carlos, en un intento desesperado, se introducía en el interior del humo negro. Zoe pensó en su fin, era demasiado tarde.

Repentinamente, a apenas dos centímetros de la cara de Zoe, el humo negro paró en seco. Ante la sorpresa de la chica, el humo se apartó de ella y las partículas volvieron a combinarse parcialmente. Conforme el humo se disipaba, la figura de Carlos en su interior era cada vez más visible. El joven estaba de pie, con la mano levantada, agarrando algo invisible. Una luz excepcionalmente brillante salía de las manos de Carlos, que se hacía más patente conforme el humo se combinaba, e iba formando la cabeza de Ben encima de la mano de Carlos, como si este le estuviera agarrando por el cuello. El resto del cuerpo de Ben seguía orbitando en forma gaseosa bajo la mano.

— ¡Ya tenía ganas de conocerte en persona! — Carlos no estaba nervioso, más bien parecía dominar perfectamente la situación — así que tú eres el conductor ¡Qué ironía! jajaja — La risa de Carlos produjo escalofríos a Ben

La cara de Ben era un poema. No sabía qué hacer ni qué decir.

- ¿Sabe el elegido lo que has hecho con Máriam? — Continuó Carlos — no lo creo — se auto contestó — si lo supiera se enfadaría mucho. Sabes que has incumplido vuestras dichas reglas ¿no?.
- ¿Cómo...sabes...eso...? — El miedo de Ben paralizaba sus cuerdas vocales
- Sé muchas cosas. Conozco esta isla mejor que tú. Viví aquí por mucho tiempo. De hecho, sé más cosas de este humo que tú mismo. Yo lo cree.
- ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mi? — balbuceó Ben
- Voy a ser bueno, voy a darte la respuesta que estabas esperando durante décadas, encerrado en esta isla. Voy a darte el sentido de tu vida. Yo soy aquel del que tienes que proteger la Isla